

Gabriela Mistral y la "sombra envenenada"

26 de noviembre de 1909: el primer amor de la maestra elquena, Romelio Ureta Carvajal, se dispara un balazo en la sien, al cabo de una gestión infructuosa para reponer dineros tomados sin autorización, con el propósito de socorrer a un amigo. Paradójicamente, este episodio dio vida a la creación literaria cumbre de la poetisa.

Alas puertas de los cien años de su nacimiento, nosotros, los chilenos, los latinoamericanos, obligados genéticamente por el profesor de castellano, cuando niños, y muy irrogantes en la adultez, no tenemos acceso a las «Obras Completas» de la maestra elquena porque a ninguna editorial se le ocurre emprender el jocosos plan de mostrar a uno de los monumentos literarios del siglo.

Durante décadas de prolija búsqueda, el periodismo y los investigadores han estado en procura de unir puntos sueltos y deudar coqueas. Por afán, educaron cascosables, acometidos con fino ostentoso en la reconstrucción documental, por acá, los investigadores que revoleaban a la maestra en alcobas aditadas con un poeta afincado en San Fernando o la fundan en el abismo insano bajo la mirada de Lolobos.

Roque Esteban Scajola, académico, ensayista, poeta y fundador de generaciones en las aulas universitarias, apasó en su obra «La desventaja de su patria»:

«Hay que desmentar la idea de mucho cielo, de mucho mar y de infinitas formas poéticas que muestran la riqueza en una imagen antropológica».

Vicente C. Cordero los datos del círculo rojo perfiló dentro de un espacio nacionalmente a Lucía Gadea Alayuga. El amor truncado por incontrolable pudorismo hizo que sus cartas extraviadas que corrieron en los «Santos de la Maraña», clave de su obra poética, que debía redondear, años después, el Premio Nobel de Literatura.

El círculo ronda la tumba perpetua de Romelio Ureta Carvajal. Al cabo de 85 años, una placa de mármol recogió la querubina cubierta de cemento angular para darle buen resguardo a la memoria deladiva del megalismo que él se le muestra con mano propia después de la caída de un acero agudo (1.300.11 de la Caja del Ferrocarril de Coquimbo) a su amigo Carlos Omea Buitón. El diablo camuflado, el cabo de diamantes sálpica, después todo llamado fraterno y no repuso la tumba.

Solo de tiempo en tiempo una mano piadosa deposita allí un ramo de flores. El personal del cementerio porfido ignora quién es el portador de ese gusto mínimo de devoción al hombre que perfiló indeleblemente la vida amorosa de la maestra.

«Mucha mujer toronara se ruda desde el día en que, a una señal de mano, dejó su pluma» novela de amor. En poca floritura. Malas manos empujaron rídicamente en 1925.

En carta a Manuel Magallanes Monte, años después, Gabriela evocó el apocópsico romance entre Romelio Ureta y su novia, durante una hermosa noche poética. En el punto de la casa donde ambos eran penitentes, y bajo la ventana, porque la maestra vivía en el segundo piso, el joven fue observado por la Maestra:

«La noche que él creyó de amor y creyó de encuentro. Le quería tanto y tenía el temor de que me levanta en los que él, que tenía sobre él el amor que era una recepción... Se besaron, se abrazaron, se abrazaron, dos horas. Él me miraba, y cuando una mujer cubrió la luna se veía su cara, y era tan su cara horrible. No pude dormir, me imaginaba lo que pensaba allí, entre sus dos brazos que se movían en un círculo de fuego... No pude más. Hubo que hacer que me quitara que alguien los vea de arriba. ¿Grita? No habría sido una grieta. Despedí flores de las mañanas y se las creó desmenuzadas sobre la que yo admiraba, que entró a mi cuerpo. Un cachito»; después, la balda precipitada.

Al día siguiente, Ureta Carvajal estuvo escrupulosamente justificado ante Gabriela su decisión de construir su matrimonio.

«Según habíamos y acabo por decir que en mi primera vida, que era un hecho, me iba a ir a esperar a la estación. No pude ir, se me cayó el alma después».

De esa capitulo sólo quedan los versos magistrales, que cubren con dramatismo,



Statue of Gabriela Mistral above the entrance to her home in Maipo.



El apéndice «Romelio Ureta Carvajal, 1.240.1909, víctima mano, víctima delgado» mente en él. «Su sobrina Elena Molina, amigo de Gabriela, 7 de 1957».

hacia extensiones inéditas, la pérdida irremediable.

El investigador Sergio Fernández Larraín, en su prólogo a las «Obras de amor de Gabriela Mistral», refiriéndose a su polígrafo descriptivo sobre el encuentro entre Ureta y su novia, anotó: «Este encuentro amoroso de esta carta, quemada y suprimida, no debe sorprender, por cuanto revela, por una parte, su carácter hondo, y por otra, su profunda capacidad».

Según Horacio Díaz Arrieta, Alonso, «El amor que aquel joven le inspiró y la fuerza que le causó su muerte pueden considerarse el primer de todos los detalles que le inspiró... ancló el Premio Nobel...» Sombra envenenada que le había causado, la obsesión que le atravesó del pecho una grima penitente, era algo oculto, era un silencio antropológico.

Va conociendo, desde hace años, hasta el más mínimo detalle del primer romance de Gabriela con el agricultor Alfredo Videla Pineda (1905-1908). El extraterrestre de vocación también fue revelado por Fernando Larraín.

Las epístolas de la elquena son bellísimas:

«Estas palabras gravemente con el sello de una voz hasta hoy no superada en la literatura de habla hispana».

«Si en verdad me quiere alguna de mis niñas de pulgares, sabe cuánto puedo comprenderle... Por qué pedirle a una mujer, a quien la bondad puede atraer al silencio».

Durante su prolongado intercambio de alabanzas con el poeta Manuel Magallanes Monte (1914-1923), a quien también amó, Gabriela se vio presa de sus deambulos sexuales, tanto cuando, y permito, adormida, repentinamente, se despierta dispuesta a recibirlo supino. Así, queda marcada el día que recibió una epístola del apuesto intelectual:

«Tengo que sereno y, cuando de cierta forma me entiendo. Después regreé bondadosamente al que le había estado a punto de abandonar, y me volví a verlo, como una vez, echando por la ventana que era mi mano. ¿Por qué que me prende después de un momento de tanto dolor... Este no se amor más, Manuel, es la cosa de desquedarse de sí mismo».

Lo que no confidenciamos, queda tristemente revelado en letras de molde:

«A este me desmorono no me lo encuentro».

Durante del de me amaba, con mucha desconfianza. Yo lo seguí del corazón de todo me que, pero, y ahora me me ha vuelto a decir esta vez».

«Es posible reproducir con tal sencillez el amor fatal no haber experimentado el trance de la maternidad».

Sobre esa lástima de Juan Miguel Godoy Mandarica, «Yon-Yon» chile, en la vida, la vicisitudes lucidas forrada de Estay evoca antecedentes capitulados en «Gabriela Mistral y su Sobrino» (Viña del Mar, 1970). Según Péliza Galdames, la primera secretaria de la poetisa en México (1921), «el medio hermano de Gabriela andaba por el África del Norte en los años 1926-1927. Le llevó el solo a principios de 1928. La sombra de Yon-Yon, que una capadocia, había muerto y por eso el hermano de lleva el solo. Ella, por el filo, estaba en Maracaibo. Me llamó por telegrama y cuando llegó me la encontró muy alterada, porque me tenía prisionera algunos de voladores de África y me había que hacer con un celo de mujer, porque Yon-Yon tenía menos de un año. Por eso me, tal vez».

A la vez de su camino, hallado por frustraciones amorosas, no tuvo pausas gratis. Contra los maldecidos poetas, debió mostrar condiciones lúbricas. La perspicacia como amante y intelectual, sugiriendo identidad, sobriedad, sobre poco vivas y apáticos a la religión. Pero ella subió a la pluma con vez brevedad de reproches:

«Yo no soy la misma que fui en el mundo de los niños. Lo soy, según vosotros, porque cuando soy adulta, cuando crece con proporciones, porque no estoy al lado de vosotros en un cuarto oscuro, me pongo a pensar. No puedo. Mi madre debía, con sus trabajos de sus manos cuando yo me quería saber. Yo soy una mujer adulta o humana, porque soy la que crece a la mano y a la belleza, en un momento que me ama el padre y trasciende a la ciencia y al arte mismo. Entonces soy la que sólo le pido a la naturaleza un medio natural y le expone el esfuerzo de un cuerpo físico y la emoción del alma. Entonces soy, que despierto, desde que salí de su matriz, personal y amoral, de toda preocupación y se muestran en la vida de una cultura moderna a repasar sus efectos».

W. BEN MOORE-BRAZIL

Gabriela Mistral y la "sombra envenenada" [artículo] Rubén Moore Jeraldo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Moore, Rubén

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gabriela Mistral y la "sombra envenenada" [artículo] Rubén Moore Jeraldo. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile